

**Fuente: *Testimonios de mujeres en las cárceles franquistas, de Tomasa Cuevas* (Huesca, Instituto de Estudios Altoaragoneses, 2004).**

## **1. Reorganización del PSUC. Detención (1940)**

“Conocí a Roldán [Cortada] yendo de excursión hasta Sant Llorenç de Munt. Después salimos de excursión muchas veces, y al cabo de un año nos prometimos y estuvimos dos años festejando (de novios), porque su madre se puso muy enferma, quedó imposibilitada y estábamos esperando a ver si se curaba. Hasta que el médico nos dijo: “Esta señora no se curará nunca”. Y entonces decidimos que, si no teníamos mucha cosa, pues con lo que teníamos. Y nos casamos.

Estuvimos con su madre cuidándola porque estaba imposibilitada, y al cabo de dos años tuve a Homero. Íbamos viviendo, trabajando él y trabajando yo. Después vino la República, el niño tenía trece meses, con mucha alegría, pero empezó a ir mal con los sindicatos y con peleas. Al cabo de un tiempo vino la guerra. [Rafael] Vidiella estaba de concejal de Justicia y Roldán era su secretario. El día 23 de abril de 1937 una patrulla que llevaba el carné de la FAI, CNT, en Cuatro Caminos, que va hacia Molins de Rei, le pegaron cinco tiros y le dejaron morir.

Después, cuando acabó la guerra, un grupo de compañeros empezaron a reorganizar el partido. Había un confidente que venía con nosotros y que todo lo que hablábamos lo llevaba a la policía, y nosotros sin saberlo lo teníamos como compañero. Nos enteramos que era confidente en una reunión que tuvimos el compañero (que mataron en Jefatura) responsable [Alejandro Matos, *Julio*] y yo, nadie más sabía nada; sólo nosotros. Entonces dimos la voz de que no se fiasen de ese hombre, porque había pasado todo eso, y nos detuvieron a mí, a mi hermana [Antonia], que también trabajaba en el Partido y a mi hermano, los tres a la vez<sup>1</sup>.

Nos llevaron a Jefatura [Jefatura Superior de Policía, junto a la actual plaza Macià] y allí todos los malos tratos que quieras, palizas todas las que quieras, te reanimaban y te volvían a pegar. El responsable [Alejandro Matos] estaba con los policías, y pensó: “Como igualmente nos matarán...”. Cogió la bomba y la tiró, debió pensar en fugarse y corrió hacia la escalera. Pero la bomba estaba vacía. Todo esto delante de mí; le dispararon un tiro en la espalda y cayó al suelo, y otro policía con la culata le pegó en la cabeza hasta

<sup>1</sup> Según José Luis MARTÍN RAMOS, Teresa Hernández figuraba como secretaria de Finanzas en esta primera estructura clandestina del PSUC, cuyo más importante nudo neurálgico se hallaba en el barrio de Gracia (*Rojos contra Franco. Historia del PSUC, 1939-1947*, Barcelona. Edhasa, 2002, p. 146. La detención tuvo lugar el 5 de febrero de 1940.

que lo mató. Me dijeron: “Si no hablas también morirás”<sup>2</sup>.

Me cogieron dos policías, me pusieron una tabla en las manos y otra en los pies, para que no pudiera esquivar los golpes, y una porra subía y otra bajaba hasta que perdí el conocimiento. Me volvieron a reanimar, me dieron una taza de café con coñac y empezaron otra vez, todo para que hablara.

Después me pusieron en un cuarto arriba del todo, en las *golfas* (desván), donde no se oía nada, y si te mataban no lo sentían; estaba muy arriba, con condiciones para no oír. Le tomaron declaración a [Julio] Montes y el chico no sé si por miedo o nervioso dijo que yo había ido a un lugar. Yo no era, parece que era otra chica; pero nervioso como estaba dijo que era yo, y el policía con la pistola en el pecho me decía que declarara, y la mano en el gatillo. Y yo qué había de decir si de verdad no lo sabía; y aunque lo supiera no lo habría dicho; pero él, que tenía que decirlo. Yo decía: “Montes, reflexiona, piensa, yo no he estado ahí para nada, habrá sido otra persona”. Y esto con la policía allí delante. “Te has confundido”. Y entonces dijo: “Tienes razón, que no eras tú, era...” y dijo un nombre que no recuerdo. El otro quitó la pistola y nos bajaron otra vez abajo, donde nos daban unas palizas de miedo, tanto a las mujeres como a los hombres. Nos pegaban cada paliza que nos dejaban muertos. Fíjate cómo estaría yo que mi hermana no me conoció cuando bajé a los calabozos de abajo, con la cara hinchada y llena de golpes y con morados de sangre cuajada”.

-[Tomasa Cuevas:] *¿Erais muchas mujeres en esa caída?*

-Pues cinco. Estaban Isabel Vicente, María González, María Doménech, mi hermana y yo.

-[T.C.] *¿Llegaste a conocer el nombre de los policías que te torturaron?*

-No, ya procuraban ellos no darlos. Y fíjate cómo me encontraron, que antes de bajar me dejaron ellos mismos en una cama que debía ser de guardia de ellos, porque ni podía andar. Al otro muchacho le mataron a golpes de culata. A mi hermana la pusieron en una silla de ésas que parecían eléctricas, la descalzaron y estuvieron pegándole en la planta de los pies con látigos y porras. Después cogieron a mi hermano, que no tenía culpa de nada. Nosotros estábamos reorganizando el Partido y no había para tratarnos de aquella manera, pero a él menos, porque no era culpable. Pasó que yo tenía una nota, y para salvarme la cogió disimuladamente y fue a tirarla al lavabo. Pero la policía se dio cuenta y fue allí y le cogieron. Mira cómo le llegaron a pegar que murió tuberculoso en la

---

<sup>2</sup> MARTÍN RAMOS ha reconstruido de esta manera el episodio del asesinato de Alejandro Matos, *Julio*, secretario general del primer PSUC clandestino: “No obstante, el éxito de la redada se vio empañado por el comportamiento de Matos, que se negó a reconocerse como *Julio*. En un descuido del policía que lo vigilaba, durante una pausa en el interrogatorio, se apoderó de una bomba de mano, chulescamente utilizada como pisapapeles por los agentes de la brigada. La lanzó contra sus guardianes, pero no estalló. No podía hacerlo, porque se trataba sólo de una carcasa vacía, pero el gesto creó suficiente confusión para que Matos intentara una fuga a la desesperada por los pasillos; corrió hasta que fue herido por la espalda por un guardia y rematado a culatazos en la cabeza por otro”. El disparo en la espalda quedó consignado en el informe elaborado por el jefe de la brigada político-social, Eduardo Quintela, que no mencionó los culatazos reseñados por el testimonio de Teresa Hernández (*op. cit.*, p. 154-155).

cárcel, porque le reventaron los pulmones. Estaban entonces Quintela y Polo<sup>3</sup>, y todos sus subordinados, de éstos sí que me acuerdo” (pp. 565-567).

## 2. En la prisión de Les Corts: condenada a muerte (1940-1941)

“Después me trasladaron a la prisión; fíjate el trato que había recibido, que decíamos: “¡Qué suerte que ya estamos en prisión!”. Las monjas dijeron que no habían oído todavía una expresión como ésta y eso que habían pasado más de mil mujeres por allí. Ahora ya no nos podían pegar; en la Jefatura sí, ahora ya no era cosa de ellos.

Ir a la cárcel era como una liberación. Cuando nos trasladaron de la jefatura a la cárcel iban diciendo unos a otros [la policía o la guardia civil]: somos tontos , si les pegamos cuatro tiros y decimos que querían escapar ya está solucionado; y así todo el trayecto. Yo, francamente, llegó un momento que creía que no llegaría a la cárcel, llevaban las pistolas a punto y con ganas de utilizarlas.

En la cárcel ya estuvimos un poco mejor. Pudimos dormir. Vino el juez militar, y comparado con el trato de la policía... No pegaba, tomaba declaraciones, sin faltar; pero con la cara muy seria. Decía que si había tantas penas de muerte, dos mujeres y dos hombres; uno era [Tomás] Pons y el otro Ovidi [Otili Alba], dos chicos, que uno era el secretario del Socorro Rojo y el otro el subsecretario, y yo era la presidenta. Me dijeron que tenía pena de muerte y los otros tres también<sup>4</sup>.

Fuimos tres días al juicio, esposadas, y los que nos llevaban ellos mismos dijeron: “Llevándolas en el coche les podríamos quitar las esposas”, y así lo hicieron. Tuvimos el juicio y allí nos dijeron de todo. A mí me pusieron en el expediente que había requisado, cuando era al revés, que los policías cuando llegaron para hacer el registro a casa se llevaron dos mantas y todos los libros que había comprado Roldán, y no volví a verlo. Se llevaron una radio, una máquina de coser y un traje de hombre que era del Portolés, que lo dejó en casa porque no le cabía en la maleta. Me pusieron la pena de muerte, a otra treinta años, a otra doce y un día y a otra quince años. Y al cabo del tiempo mi madre misma nos comunicó la saca de los hombres. Se lo dijo a mi hermana, porque como yo tenía pena de muerte, decía: “Qué susto no tendrá ahora, a ver cómo se lo dices, porque esta noche se han llevado a aquellos chicos a fusilarlos”.

Me lo dijeron a mí y pensé: “Cualquier día de éstos vienen a buscarme”. Y cada vez que llamaban por la noche a las tres o cuatro de la mañana, cuando había ingresos, lo primero que pensaba era que venían a por mí. Había una compañera que era muy buena, Carmen, que subía y me decía: “Teresa, no te preocupes, que no te vienen a buscar, son

---

3 El inspector Eduardo Quintela, primer organizador de la policía política en Barcelona a partir de 1939. A sus órdenes inmediatas estaban los comisarios Pedro Polo y, desde 1941, los hermanos Antonio y Vicente de Juan Creix (ver Manel RISQUES CORBELLA, “La tortura y la brigada político-social. Barcelona 1947”, en *Historia Social*, nº 44, 2002, p. 89).

4 Según el examen del sumario 21.062 practicado por MARTÍN RAMOS, hubo cinco condenas a muerte: Otili Alba, Tomás Pons, Joaquín Navas, Julio Montes y Teresa Hernández. De ellas, solamente fueron confirmadas las de Alba y Pons, ejecutados el 14 de mayo de 1941 (*op. cit.* p. 155).

ingresos [de reclusas] que han llegado”. Y una vez, al cabo de los días, vino una compañera que estaba también en la oficina y me dijo: “Teresa, no te preocupes, que vienen a hacerte firmar treinta años, que te han quitado la pena de muerte. Baja corriendo antes de que se vuelvan atrás”. Entonces firmé los treinta años y me conmutaron la pena de muerte” (p. 568).

### 3. Condiciones de Les Corts (1940)

“Allí no veas los cuadros que he visto. Porque venían gentes de muchos pueblos que no sabían nada de nada, sólo porque no habían encontrado a su marido o a su hijo, mujeres incluso católicas, que cada día iban a confesar y a comulgar, las llevaban allí y les ponían treinta años [de cárcel]. A una incluso le pusieron pena de muerte porque había de saber dónde estaban su marido y su hijo, y era verdad que no lo sabía. Era una mujer de setenta años, y le pusieron treinta.

En la cárcel, lo que quieras. Pobre gente, que iba a la basura cogiendo las pieles de naranja y de plátano, lavándolas en una fuente que había y comiéndoselas porque no tenían nada. Porque si tenían algún céntimo que sacaban de hacer algún tapete de ganchillo o media, lo sacaban para sus hijos. Había cada cuadro... Yo a veces era la que me cuidaba de llevar las cartas al correo. Unas que si sus hijos iban pidiendo caridad, otras que si los habían pelado, otras que si los habían puesto en un asilo. Y claro, si luchas por una idea, aunque padezcas te haces cargo y tienes una resistencia. Pero aquellas mujeres que no sabían nada de nada... Tú te imaginas el sufrimiento de aquellas mujeres, sin haber hecho nada, sólo habían sido sus maridos o sus hijos.

*-[Tomasa Cuevas:] ¿Cuántas veces os daban rancho al día?*

-Dos, por la mañana café, si se puede llamar café: malta aguada; después se mejoró el rancho, pero al principio ponían un rancho de arroz y pieles. No habas, las pieles de las habas mezcladas, y viéndose los gusanos que subían por encima. Después ya se mejoró y yo pude entrar en la enfermería; tenía la misma ración de enfermería, porque las mismas hermanas ya lo dijeron: es que esta chica está trabajando mucho y tiene un hijo, y si nosotras le hacemos trabajar no podrá hacer la faena como hacen las otras para sacar dinero para su hijo. Y entonces me pusieron en la enfermería. Daban una ración de pescado o de carne, además del rancho, y había mejorado un poco.

Allí se dormía primero en el suelo, después ya nos pusieron literas. Pero de momento fue en el suelo, que levantaban el colchón y veías agua debajo” (p. 569).

(...) Allí en Les Corts había mujeres que eran de Toledo, de Ciudad Real. Si tú tienes alguna amistad con ellas, sin duda te contarán el comportamiento que habían tenido en sus pueblos, cómo lo habían pasado.

Había dos amigas del mismo pueblo que las tuvieron tres horas cabeza abajo, moradas, que ya se ahogaban. Éstas tampoco encontraban a sus maridos; es una de las cosas que peor han hecho, porque cuando una persona dice: “Bueno, es porque yo tengo una idea y esta idea la defiendo”; pero unas mujeres que no tenían que haberlas llevado allí para nada...

(...) Y de mujeres así que vienen de los pueblos a unas les daban aceite de ricino, a otras les cortaban el pelo, a otras las arrastraban, y les pegaban. Y éstas dos que te digo, colgadas tres horas; que por cierto una se hizo monja y la otra estuvo no sé cuántos años allí metida y sin saber dónde estaban sus hijos ni su marido. Claro, porque en la retirada todo el mundo se dispersó, y la mujer no sabía dónde estaban. Y ella sin tener nunca nada que les trajeran. Había mujeres que pasaban hambre. Había muchas mujeres de Ciudad Real, de los Alcázares. Hubo una semana una expedición que murieron nueve cuando llegaron a Les Corts.

*-[Tomasas Cuevas:] ¿Por las condiciones en que habían entrado?*

-Las condiciones en que venían: una pulmonía, otra desnutrida... Nueve, vimos cómo morían. Es que el clima era muy distinto, y también la alimentación; y además venían de viajes muy largos.

A las presas políticas nos ponían con las delincuentes comunes y con las prostitutas. Después se seleccionó un poco, pero de momento estábamos todas, y gente que no era nada de nada y que las llevaban por denuncias. De inmoralidad allí toda la que quieras. Que la chica que entraba allí joven había de tener fuerza de voluntad para salir entera. Porque había tantas inmoralidades... Y gente no pobre; abogados, había una tal Trepat; había entrado por envenenar a su marido, y en cambio la cuidaban muy bien. Y eso no es [un delito] político, es un hecho común (..) A aquella la tenían la mar de bien. Una vez le dijimos nosotras a las monjas: "Oiga, hay enfermas aquí que necesitan una bolsa de agua caliente, que se están muriendo de frío, ya esta mujer le da agua caliente porque tiene frío en las manos. Aquí hay enfermas que lo necesitan más que ésta". Había preferencias.

*-[T.C:] Para dormir, ¿os daban sábanas o una manta?*

-De momento una manta, pero después nos hicimos traer de casa sábanas. Allí sábanas no daban. En la enfermería sí. Y tenías que levantar el colchón porque donde estábamos había que recoger con una bayeta el agua, y con aquella humedad toda la noche..." (pp. 569-571).

#### **4. La fuga de Ángela Ramis y Adelaida Abarca (8 de marzo de 1946)**

*-[Tomasas Cuevas:] ¿Estabas tú cuando la fuga de Adelaida Abarca y Angelita?*

-Pues estábamos allí, vino la Angelita y nos dijo: "Estad al tanto porque si todo va bien nos largamos". "¿Quieres decir?". "Sí". Entonces fueron y se vistieron como *piculinas* [prostitutas], gente de la vida. Angelita y Adelaida se pintarrajearon bien pintadas, y como la otra estaba en el despacho<sup>5</sup>, le puso el sello para el soldado de la puerta como si fuera una *piculina* que le había llegado su libertad, salieron las dos y les dijo: Poca cosa haréis

---

<sup>5</sup> Adelaida trabajaba en la oficina de la prisión e hizo firmar y sellar al director una hoja de salida con el nombre de dos prostitutas.

hoy porque está lloviendo. Así nos lo contaron, debió de comentarlo el de la guardia después de la fuga.

Y cuando vino el otro recuento: ¿dónde están la Adelaida y la Angelita? Y venga a buscar de un lado para otro y nada. Y como la oficiala sabía que eran amigas nuestras, dijo: “Vosotras forzosamente tenéis que saber que estas chicas iban a marchar”. Y nosotras: “Qué va, nosotras no sabíamos nada. Oiga, si usted quiere marcharse de la cárcel, ¿lo diría a alguien para que se pudiera saber?”. Se quedó así y pensó: quizás tienen razón. Pero nosotras con el corazón padeciendo, pensando si las cogerán o no las cogerán. Y estuvimos bastantes días sin saber dónde estaban ni nada de ellas. Después supimos que habían pasado a Francia.

*-[TC:] ¿Os estuvieron haciendo recuento toda la noche?*

-Y durante el recuento no veas. Por todos los rincones, porque aquella cárcel era grandísima, buscando por todas partes. La oficiala decía que nosotras debíamos de saberlo y que lo habíamos de decir. “Pues nosotras no sabemos nada”. “Pues tienen ustedes que saberlo”. “Pues no lo sabemos”. Y si hubiéramos dicho algo nos hubieran cogido a nosotras como encubridoras. Pensamos: Ya se apañarán” (pp. 571, 572).

## **5. Organización del PSUC en Les Corts**

*-[Tomasa Cuevas:] La organización del Partido, ¿cómo marchaba en Les Corts?*

-Para mí no muy bien entonces. Malos momentos; nosotras se puede decir que quedamos aisladas, e incluso el partido, que yo no sé si era el Partido, me dijo que me espabilara como pudiera a ver si podía escapar. Yo no tenía a nadie fuera; porque a la Angelita y Adelaida las ayudaron, si no hubieran tenido a nadie fuera no hubieran podido hacerlo, porque las hubieran cogido en la esquina. O sea que tuvieron ayuda, y a mí me dijeron eso y me dolió mucho: “A ver si te espabilas porque han fusilado a los dos y detrás vas tú”. Como no podía espabilarme, me dijeron: “Es que de la manera que estamos y en la clandestinidad no podemos decir quién es el partido”. ¿Tú crees que a una persona que tiene pena de muerte, que no tiene a nadie en la calle que le apoye, es manera de decir esto?... Yo creo que aquella vez falló el Partido.

*-[TC:] ¿Qué año te dijeron eso?*

-En el 42, me parece, entre el 41 y el 42. Yo sé que era muy difícil en aquellos tiempos, pero hubiera sido mejor que no me hubieran dicho nada, porque si yo estoy dentro de la cárcel y no tengo a nadie que me respalde fuera, ¿qué? ¿había de saltar la tapia?

*-[TC:] ¿Y quién te dijo esto, el Partido interior de la cárcel, o de la calle?*

-Ahí está el caso, a mí me lo dijeron las camaradas de la cárcel, pero que lo comunicaba el Partido de fuera y dije: “Bueno, pues decirme que venga a verme, que yo

hablaré con él y le diré que me dé una guía para hacerlo”. Y respondieron que no podía ser porque estaban trabajando en la clandestinidad. Que era un peligro y que había muchos dentro. Entonces, ¿qué tuve que hacer yo? Callarme” (p. 572)<sup>6</sup>.

## 6. En la Prisión Modelo (1954)

“Aquello [Les Corts] era un convento de monjas francesas [Hijas de la Caridad de San Vicente de Paúl]. Y cuando las francesas recuperaron el convento a nosotras nos trajeron aquí a la Modelo; y estábamos tres o cuatro<sup>7</sup>. Allí te hacían trabajar, y yo no quería<sup>8</sup>. Y me dijeron: “Haz lo que quieras, pero eres tonta, porque podrás conseguir la [libertad] provisional. Si no trabajas, te enviaremos a un penal. Sí, puedes negarte a trabajar. Y será peor que te niegues porque te llevarán y no podrás ver a tu hijo”. Esto es lo que me hizo ver que era verdad. Mi madre ya era mayor y se quedó de golpe sin tres hijos. Quedó sola con Homero y sin dinero ni nada.

*-[Tomasa Cuevas:] Total, que los presos teníais que mantener a la familia.*

Eso mismo. Porque nosotros, para sacar más, cuando las monjas hacían rondas para ver cómo estaba todo, nos íbamos al lavabo y allí, con mucha peste y con lo mal que se estaba, hacíamos ganchillo mi hermana y yo para sacar dinero para mi madre y para Homero” (p. 569).

## 7. La salida de la Modelo: desterrada (1956)

“(…) Salí de la Modelo y después, como decían que a la que se portase bien la dejarían aquí mismo [en la provincia de Barcelona]... Yo no es que tuviera que portarme bien o mal, hacía lo que debía y nada más; y a la hora de la verdad, cuando dije que quería estar con una compañera que tenía en Berga, me contestaron que no, que era demasiado cerca y que tenía que haber no sé cuántos kilómetros lejos de la capital (...)” (p. 569)

*-[Tomasa Cuevas:] ¿Qué año saliste?*

---

6 Teresa se refiere a la compleja situación producida por la existencia de varias direcciones paralelas del PSUC clandestino en conflicto. Una de ellas era la dirigida por Albert Assa, Manuel Donaire y Antonio Pardinilla, encarcelados en el verano de 1941, que protagonizarían una espectacular fuga en 1943: cuatro escapados de la Modelo y una mujer, Clara Pueyo, de Les Corts. Durante 1941 y 1942, la mencionada dirección encarcelada en la Modelo mantuvo una cierta rivalidad con Vicente Peñarroya, que también sería detenido a finales de aquel último año (ver MARTÍN RAMOS, *op.cit.*, y Hartmut HEINE, *La oposición política al franquismo. De 1939 a 1952*. Barcelona. Crítica, 1983).

7 Sobre la habilitación como pabellón de mujeres en 1955 del antiguo departamento de políticas anexionado a la enfermería, ver Francisco José MARÍN, “Biografía de la Presó Model de Barcelona: 1939-1962, en SOLÉ I SABATÉ (dir.), *Història de la presó Model de Barcelona*. Lleida. Pagès Editors, 2000, p.188. El 31 de octubre se efectuó el traslado de 263 reclusas y 19 niños, según la Memoria del Inspector de Zona a la Dirección Gral. de Prisiones de 1955.

8 Para entonces, y teniendo en cuenta el tiempo transcurrido de prisión, Teresa y sus compañeras ya podían acceder al trabajo de redención de penas.

-El 12 de mayo del 56; estuve cerca de dieciocho años, y nueve meses desterrada. Después salí de aquí y me fui a un pueblo de Ávila aquellos “carcas”, donde estuve desterrada en Pajarejos.

Decían que todas las que se portasen bien saldrían a casa, que no tendrían necesidad de irse desterradas. Y yo cuando me dijeron que no podría salir, entonces: “¿Qué es lo que ustedes dicen?”, y allí me desahugué, pero no veas cómo. Y ella me dijo: “¿Sabe usted que si yo quisiera ahora le sacaban la [libertad] condicional y no saldría?”. Bueno, si ya no me dejan salir... Porque si yo no encuentro un sitio que haya una buena persona que me deje ir a su casa yo no voy a ir por la calle como los gitanos: tengo que ir a una casa que me quieran en los kilómetros que dicen. Y al cabo de nueve meses [de destierro] hice una instancia diciendo que me encontraba enferma y me la aceptaron, y vine aquí otra vez, a Barcelona, que estaba mi nuera para tener mi nieta mayor. Y yo diciendo si pudiera ir para verla nacer al menos... Me iba presentando cada mes hasta que me dijeron que ya estaba lista, que había cumplido” (pp. 572-573).